

esclarecedor tener presente que los comentaristas de Colón no siempre están de acuerdo sobre cómo percibió la realidad novomundista (Olschki, 1941; Saint-Lu, 1981); especialmente cuando las connotaciones propiamente paradisiacas de las descripciones de los primeros contactos —maravillosa abundancia de flora y fauna, el estad(i)o inocente del indígena— no son tan evidentes como se supone. Lo mismo ocurre con la antropofagia (Hulme, 1978), ya que se puede precisar que Colón nunca la vio como forma con economía, sino como economía y cambio hacia mayor poder. Este poder se basó en parte en la fijación colombiana en las "naos" como tablas de salvación. Martínez (1983), al hablar de otros pasajeros con alucinante malabarismo intelectual de logística y estadística relativas a la apropiación de América, muestra lo tenue de la actitud colombiana, al confirmar que en el siglo XVI las "naos" ya eran por lo menos del doble del tamaño de la Santa María.

Por último, estos *textos* permiten ver cómo Colón interpretaba lo que le incumbía, cómo creaba metatextos. Si se recuerda que para sus comparaciones sus referentes eran obligadamente peninsulares, es igualmente factible que su fe sea forzosa y primeramente en sí mismo. Su sistema de significación —al convertirse de causa de apogeo en causa de decadencia— en verdad nunca lo desvaloriza. La editora se concentra en la etapa portuguesa de Colón, en sus tecnicismos; y trata brillantemente la fiabilidad de las copias de los textos colombinos, con excelente transfondo paleográfico. Pero en su admitida minibiografía de Colón no encuadra la hermenéutica de éste. Todorov provee una clave en su polémico *La conquête de l'Amérique*:

Colon pratique une stratégie 'finaliste' de l'interprétation, à la manière d'out les Pères de l'Eglise interprétaient la Bible: le sens final est donné d'emblée (c'est la doctrine chrétienne), ce qu'on cherche c'est le chemin qui relie le sens initial (la signification apparente des mots du texte biblique) avec ce sens ultime. Colon n'a rien d'un empiriste moderne: l'argument décisif est un argument d'autorité, non d'expérience. (Todorov, 1982: 24-5).

Colón, extranjero en España, evidenció la más demente de las quimeras peninsulares e importó a América un enclave lingüístico cuya potencialidad revolucionaria y preñado contenido social se viene interpretando desde entonces. A pesar de verlo moverse, actuar, calcular, leer y vivir en estos *Textos*, y ver que sus expectativas no se concretizan, como muchas de hoy, al pretender medir sus códigos se comprueba que su metro siempre será otro.

Will H. Corral

Referencias

- Ezquerria Abadía, Ramón (1981). "Medio siglo de estudios colombinos". *Anuario de Estudios Americanos*, XXXVIII: 1-24.
- Hulme, Peter (1978). "Columbus and the Cannibals: A Study of the Reports of Anthropophagy in the Journal of Christopher Columbus." *Ibero-Amerikanisches Archiv* IV, 2: 115-39.
- Jitrik, Noé (1983). *Los dos ejes de la cruz: la escritura de apropiación en el Memorial, las Cartas y el Testamento del enviado real Cristóbal Colón*. Puebla: Centro de Ciencias del Lenguaje, Universidad Autónoma de Puebla.
- Kenney, Alice P. (1981). "America Discovers Columbus: Biography as Epic, Drama, History". *Biography*, IV, (Winter): 45-65.
- Mahn-Lot, Marianne (1979). "Christophe Colomb: un découvreur ou un simple explorateur?" En Georges Duby et al., *Les cultures ibériques en devenir: essais publiés en hommage à la mémoire de Marcel Bataillon (1895-1977)*, 467-80. Paris: Fondation Singer Polignac.
- Martínez, José Luis (1983). *Pasajeros de Indias. Viajes trasatlánticos en el siglo XVI*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martini, Dario G. (1974). *L'uomo dagli zigoni rossi: Cristoforo Colombo visto fuori del mito*. Genova: Sabatelli.
- Mignolo, Walter (1981). "El Metatexto Historiográfico y la Historiografía Indiana". *Modern Language Notes*, XCVI, 2 (March): 358-402.
- (1982). "Cartas, crónicas y relaciones del descubrimiento y la conquista". En *Historia de la Literatura Hispanoamericana*. Ed. Luis Iñigo Madrigal, 57-116. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Olschki, Leonardo (1941). "What Columbus Saw on Landing in the West Indies". *Proceedings of the American Philosophical Society*, LXXIV, 5 (July): 633-59.
- Saint-Lu, André (1981). "La perception de la nouveauté chez Christophe Colomb". En André Saint-Lu et al., *Etudes sur l'impact culturel du nouveau monde*, 11-24. Paris: Editions L'Harmattan.
- Todorov, Tzvetan (1982). *La conquête de l'Amérique. La question de l'autre*. Paris: Editions du Seuil.

El fuego seco de la desgracia

Enrique de Jesús Pimentel es un pablano que a los 30 años de edad entrega, en una agradable colección editada por la universidad local, su primera excursión poética: *Catacumbas*. ¿Y quién es este nuevo poeta que pretende armar su doble sintaxis —la literaria, la vital— con piezas que de suyo son estigmas inveterados como —por sus palabras lo conoceremos— *desgarradura, destierro, acecho, vaho, rumor, sal, calcio (cisne, ángel, bestia), brandy, carne, virgenes, ciegos, adulterio, muerte, sueño*?

Es un poeta que se define, que busca definirse, por una voluntad de desgracia. Pretende, con resultado aceptable, recuperar el camino de las trágicas, hermosas vocaciones románticas del tono más soterrado. Vivir para hacer un acopio de historias y encuentros personales desventurados que sean los leños con que forje lentamente su vida y su poesía, ambas por venir y ya inminentes, en el fuego más seco que podemos concebir: el de la desgracia pura. Como en varios de sus maestros, los conozca él o no, hay una voluntad de fracaso anterior a los hechos: se ama (se vive) para sufrir y experimentar de tal suerte una esencial muerte erótica desde donde se escribirá. Entonces no importarán ni el tema del poema ni el desenlace de la historia vivida: será el momento de la posesión exacta de una vocación desgraciada capaz de personificarse en cualquier sujeto externo a ella que será, entonces, su motivo solidario. En Pimentel se reconoce la voluntad de acudir al llamado de la desgracia, tan inspiradora.

No obstante, la obra del nuevo poeta está todavía de este lado del infierno. Aún no ha acontecido dentro de ella (sin que exista una forzosa relación autobiográfica) el hecho letal que justifique y sostenga la visión sombría que acoja dentro de sí a todo el universo que quepa dentro del horizonte del autor. *Catacumbas* no es el lugar donde ocurre la desgracia fundamental de Pimentel; es, en cambio, el espacio donde se le conjura aplicadamente, el tiem-

▲ Enrique de Jesús Pimentel, *Catacumbas*, Universidad Autónoma de Puebla, México, 1984.

po de una inminencia prolongada; es el libro que se desea pararrayos de la desolación con que se alimentará el autor. Hay, de entrada, una avidez de tono y ritmo solemne, declamatorios, cercanos a lo trágico, a lo versicular, que en momentos rinde buenos frutos, pero en muchos otros la cuerda no tiene la tensión necesaria y la nota grave no se alcanza; ¿pero qué poeta se hace sin ambicionar la posesión abundante de su lengua? Pimentel está en lo cierto al lanzarse de lleno a la conquista de *el verbo codicioso*, mortifica y arriesga sus versos en nombre de la posesión más honda.

La intención de solemne fatalidad que hay en el libro se fractura, positivamente, para dar paso al pequeño accidente vital, a la mínima anécdota que cifre en sí misma la malaventura romántica. El pequeño acontecimiento como la fractura de la desgracia solemne, sembrada en la obra y en la "vida esencial" del poeta de sino adverso; un breve contrapunto al infierno tan deseado. La vida, pues, como el accidente que quiebra la solemnidad poética con revelaciones sorpresivas y casi trágicas...

*

Peso tras peso hay que hacer una santa
[coperacha
para comprarnos vino, cervezas, una
[botella de tequila Sauza
una cajetilla de cigarros.
Chupar parejo hasta que alguien se
[levante y diga:
"yo soy puto y qué".

*

Catacumbas es inevitable y naturalmente un libro disparejo. No puede ser otra cosa la primera excursión efectuada por el autor, por cualquier autor, al terreno de la verdadera poesía y, dentro de esta, su deseo de allegarse a la delgada franja que delimita la fractura de la literatura romántica desgraciada. Zambullirse en ese abismo no es nada fácil, menos cuando se intenta ciento-cincuenta años después y hay tantos obstáculos de retórica hueca, de falsa solemnidad y de facilismos melodramáticos; cuando la pose y el hábito del vate desgraciado cuelgan a la mano casi de cualquiera. Pimentel sabe buscar su poesía; hay en él fidelidad al áspero contacto físico con la desgracia;

se percibe un mal inficionado no *hasta* sino *desde* los huesos. El mundo físico como metáfora y metonimia —imagen y contigüedad— de los males anhelados. Poesía en eco de la desgracia a partir de su áspera huella en la carne seca del autor-autosuplicante:

*

Es la codicia de la virgen
la que hace de la noche un túnel
[enemigo,
un horno que a sombras nos consume.
Cierro los ojos y veo el martirio de
[su carne,
el trabajo de líquidos feroces que
[invaden su retina,
para que ella tampoco pueda verse
la de antes y con los mismos ojos.

*

Y si el infierno me diera una de sus
[noches, yo le diría:
"¿y qué es soñar con vírgenes
[cristianas?"
Otra vez el goce es un asunto de
[derecho
y la primicia, cáliz consagrado,
un arrebato de músculos caninos
que destazan a su presa, la carnada
[sangrante e indefensa.

*

Por todo lo visto, Pimentel está convencido de que las musas son ángeles terribles cuyo contacto será, siempre, la más potente violación; entonces apresta sus dos cuerpos —el de carne animada y el de la escritura—, a quienes de esta suerte ha encomendado la realización de su sino inminente, a la *desgarradura* furiosa producida por las altas potencias; desgarradura convocada y bienvenida como único paso verdadero de la vida por su persona; desgarradura que al tomar un cuerpo lo aniquila, pero también lo reconoce, lo elige y lo nombra: una catacumba es un cementerio subterráneo a menudo con inscripciones: de ahí el título del libro que cifra en su mero rótulo la voluntad agónica del poeta, el fuego seco que apetece como alimento.

Alberto Paredes

DE ACTUALIDADES

Los intelectuales y la historia contemporánea

Un homenaje es también y sobre todo un balance, y más allá de la hermosa ocasión que propicia a éste, es oportuno que lo hagamos justo ahora, cuando en todas partes asistimos a una erupción de memorias, autobiografías, recuentos y narraciones palinódicas: son las huellas, las ondulaciones y las estelas de la travesía del siglo que se nos va. Octavio Paz es —como reza el título de su último libro— un hombre de este siglo: protagonista y espectador, participante y testigo. Y es un hombre de este siglo porque en su obra encarna (la palabra es exactísima) la experiencia central de estos ochenta y cuatro años, ésa que nos coloca a todos nosotros en una encrucijada: el desfondamiento de la Utopía en cualquiera de sus proyectos y lo que de ahí se desprende: la cancelación de las certezas, el derrumbe de los Absolutos, la caída de la fe colocada en una instancia superior, terrenal o escatológica. Un autor francés ha llamado a este momento *l'heure du vide* (la hora del vacío). ¿Qué hacer frente a ese vacío? O, mejor, ¿cómo enfrentarlo? Adelanto la que creo que es la única respuesta posible: más que *tránsfugas*, más que *nihilistas*, más que *desilusionados*, debemos ser responsables, lúcidos, apelar a esa íntima convicción que nos convierte en hombres que descubrimos creando y que creamos descubriendo.

El ejercicio de la capacidad crítica, y la perspectiva que arriman el tiempo y mi propio desarrollo como intelectual, me conducen aquí a preguntarme cómo han actuado los escritores e intelectuales de América Latina ante esa minuciosa trituración de la Utopía. No creo exagerar si digo que hay por lo menos dos posturas netamente separadas, perfectamente definidas.

La primera hace suya la permanencia de una actitud acítica que se sitúa en el terreno de lo que podríamos llamar las "lealtades" y que tiene como

Texto de la ponencia leída en el homenaje a Octavio Paz, realizado en el mes de agosto.